

EL INCENDIO DEL SAN AGUSTIN.

PORMENORES.

El vapor inglés *Grantully* ha llegado á Dover, conduciendo dos pasajeros y quince tripulantes del *San Agustín*. Entre éstos se encuentran el primer ingeniero del desgraciado buque y Mr. Vines, empleado en la sucursal de Liverpool de la casa á que pertenecía el barco; estos señores permanecieron en el *San Agustín* hasta el último momento, y refieren el desastre con todos sus terribles pormenores.

Como saben nuestros lectores, el *San Agustín* era un vapor de 3.000 toneladas, y hacia la travesía de Manila á Liverpool con cargamento de azúcar y tabaco. Salió de la Coruña el sábado 15 con tiempo bastante bonancible, y todo iba bien á bordo, cuando el domingo, á las dos y media de la tarde, corrió la voz de que había fuego en las máquinas.

Instantáneamente acudió la oficialidad del buque, y aunque todo estaba lleno de humo no se veía fuego alguno en las máquinas. Registráronse los almacenes del carbón, y tampoco había en ellos rastro de incendio. Entonces principió la revista de los camarotes; en uno de ellos, que servía de guarda-ropa, toda la ropa blanca del barco estaba ardiendo.

Las bombas estaban dispuestas, vestidos los hombres con el uniforme de incendios, y sin pérdida de tiempo principiaron á funcionar las máquinas. El humo era, sin embargo, tan denso en las cámaras y corredores, que apenas se podía estar en ellos algunos minutos sin asfixiarse, y la faena se realizaba con gran dificultad. A poco de haberse descubierto el foco del incendio, éste se había comunicado á las cámaras inmediatas. El barco se hallaba á 160 millas de la costa y la situación era terrible. Así es que al ver el incremento que tomaba el fuego, la tripulación se aterró y empezó á trabajar con el silencio de la desesperación. Hubo un momento en que se creyó dominado el incendio; pero cuando ya principiaban á respirar los tripulantes, rompió con más furor que nunca por un costado.

Poco después apareció un brick y la esperanza volvió á imperar. El capitán citó á consulta sobre el puente a la oficialidad. La mar estaba muy alborotada y era muy difícil aproximarse lo bastante al otro buque. Sin embargo, paráronse las máquinas y el capitán mandó echar al agua tres botes.

Había 87 personas á bordo, y como no cabían todas en los botes, es natural que hubiese ansiedad y confusión para entrar en ellos. Los marineros se apoderaron de las embarcaciones y una de ellas se estropeó al echarla al agua. Podía sin embargo, navegar y los tres botes se alejaron cargados de gente. El *San Agus-*

tin no volvió á saber más de dos de ellos; el que se había estropeado volvió al cabo de hora y media sin haber logrado alejarse mucho. Sus tripulantes estaban tan rendidos por el cansancio, que hubo que subirlos á bordo. Uno de ellos quedó medio aplastado entre el bote y el costado del buque y vivió hasta el día siguiente en medio de sufrimientos horribles.

Quedaban todavía tres botes, pero el incendio, que seguía avanzando, cogió á uno y no hubo manera de salvarlo. Así transcurrieron algunas horas.

A las once de la noche anunció el vigía que había dos barcos á la vista. Entonces el capitán mandó que se botaran al agua los botes y que entraran en ellos todos los hombres casados que había á bordo. La escena fué desgarradora, pues aquellos eran ya los únicos botes que quedaban al *San Agustín* y con ellos se iba casi única esperanza de salvación. Muchos querían hacerse pasar por casados para salvarse, pero la elección se hizo teniendo á la vista la lista de embarque del buque. Todos tenían que dar algún encargo ó algún recuerdo para sus familias á los que se iban y la despedida fué dolorosa. Por último, se embarcaron los casados, llevando linternas en los botes para que los que se quedaban en el *San Agustín* pudiesen verlos hasta la mayor distancia posible.

Al amanecer del lunes, la desesperación, el cansancio, la falta de sueño, el terror y el humo habían casi enloquecido á la tripulación. El fuego cortó el paso entre popa y proa, y cuatro marineros que quisieron ir de un lado á otro sintieron hundirse el piso bajo sus piés, cayeron horriblemente magullados en medio del fuego. Daba pavor oír sus gritos de agonía. En aquel momento, uno de los palos, minado por el incendio se desplomó sobre las bordas, cogiendo debajo al capitán: á muy duras penas pudo salvarse todavía vivo, pero con una pierna cortada y todo magullado.

Mientras se le llevaba á su cámara, el segundo jefe del barco, loco ya por sus propios sufrimientos y perdida toda esperanza, impresionado tal vez por las escenas horribles que estaba impresionado, se metió en su camarote y se pegó un tiro de revólver en la cabeza. Y los tormentos físicos y morales debían ser á bordo del *San Agustín* algo verdaderamente fuera de todo lo concebible cuando un bombero, no pudiendo soportar más se mató de una puñalada en el corazón en medio de sus compañeros, y dos tripulantes se arrojaron al mar.

Al romper el día siguiente vióse que estaba cercano un barco. Era el *Governor*, que, haciéndose cargo de la situación del *San Agustín*, hizo rumbo hacia él y mandó dos botes en su auxilio. Pero el mar estaba

demasiado malo y no pudieron acercarse lo bastante. Entonces un marinero, excelente nadador, se tiró al agua y pudo llegar hasta uno de los botes. Otro tripulante, alentado por su suerte, quiso hacer lo mismo, y á mitad de camino se le vió hundirse en el agua agitando los brazos con desesperación.

En esto apareció otro buque, vió las señas del *San Agustín* y del *Governor* y mandó al primero un bote, que pudo acercarse que los otros y mandar un cabo á bordo, por él se salvaron seis marineros, pero la operación se hacía con mucha lentitud y el capitán se tiró al mar con un chaleco de salvamento para ver si podía ir nadando hasta el bote, el chaleco le oprimió mucho y, confiando en su habilidad de nadador, se lo quitó estando ya en el agua, el mar estaba sin embargo, muy alborotado, el capitán muy débil y herido, así es que después de quince minutos de lucha desesperada con las olas, perdió fuerzas y se hundió también para siempre.

Un pasajero llamado Rodríguez y seis marineros más se tiraron igualmente al mar con cintos de salvamento y todos perecieron á vista del *San Agustín*. El Sr. Goyena, tercer jefe del barco pereció en igual tentativa. Entonces los botes, viendo que eran causa de más muertes que vidas salvaban, se alejaron; en vano gritaban desde el buque incendiado pidiéndoles con llanto que no se fueran. Nada escucharon, y no se les volvió á ver más. Poco después se marchaban también el *Governor* y el otro barco, llevándose la última esperanza de los tripulantes del *San Agustín*, pues por momentos se hacía más insostenible la situación.

Llegó la tercer noche y pasó entre horrores indecibles. Cayeron otro palo y las chimeneas con estruendo y destrozos terribles. Y la cubierta se hundió casi toda, haciendo imposible la permanencia en el barco por más tiempo, pues ya el casco no era más que el continente de un inmenso horno. Las partes de cubierta que todavía no se habían hundido eran de hierro y estaban tan caldeadas por el fuego, que abrataban las suelas del calzado y cegaban los ojos. Por último, no quedaban á bordo más que diez y siete personas y ya se había hecho imposible combatir el fuego, que lo había consumido casi todo, hasta los alimentos, de modo que los naufragos no tenían desde hacía muchas horas nada que comer ni beber.

A las nueve de la mañana se presentó á la vista otro barco. Los naufragos le contemplaron, sin embargo, con poca esperanza, porque el tiempo seguía muy malo y ya tenía la triste experiencia de lo poco que se podría hacer para abordar el *San Agustín*. Imaginen nuestros lectores la sorpresa de estos desgraciados cuando vieron al barco, que no era otro que el *Grantully*, echar al agua un bote salva-vidas y combatir sin

descanso horas y horas con las olas para acercarse al barco incendiado. Cinco horas mortales transcurrieron en esta lucha. Al cabo de ellas, el salva vidas pudo comunicarse con el *San Agustín* por medio de un cabo y salvar lo que restaba de la tripulación. Cuando estos diez y siete marineros, ingenieros y empleados llegaron al *Grantully* hubo que subirlos á bordo y apenas tenían fuerzas para hablar no habían descansado un momento desde que principió el incendio, es decir, durante más de tres días y estaban un día moribundos de hambre, casi ciegos y todos con horribles quemaduras. Sus padecimientos morales no habían sido menos terribles y su salvación bien puede llamarse milagrosa.

El capitán del *Grantully* se llama Mr. Stott, y el valiente oficial que mandaba el bote salva-vidas, Mr. Boyte. Ambos son acreedores á la gratitud de nuestro país por su valor y por el cariño con que luego trataron á nuestros compatriotas.

En Dover los naufragos fueron alojados y muy bien atendidos por las autoridades inglesas y habiendo pedido ir á Liverpool, donde, como hemos dicho, la casa dueña del *San Agustín* tiene sucursal, se les facilitaron pases gratuitos de ferro carril hasta dicha ciudad. El sábado por la mañana llegaron á Dover y por la tarde salieron para Liverpool.

CRONICA.

En la villa de la Graña, inmediata á Ferrol, se va á establecer una nueva industria.

Trátase de un astillero constructor para buques de hierro, que se montará con todos los adelantos de la mecánica moderna. Las obras se practicarán con tal actividad que se cree podrá comenzar los trabajos á fin de Febrero ó en los primeros días de Marzo próximo.

Dentro de cincuenta años, según el cálculo de personas entendidas, las naciones más populares tendrán el siguiente número de habitantes: Estados-Unidos, 190.000.000; Rusia, 153.000.000; Gran Bretaña, 63.000.000; Alemania, 83.000.000; Austria-Ungría é Italia, 44.000.000 cada una; y Francia 40.000.000.

Por las calles de Cartagena se ven bastantes pordioseros.

Los asilos benéficos se siguen sosteniendo por el pueblo, que no toca las ventajas de ellos.

Los agentes municipales sin novedad.

De la «Provincia Gaditana» del 23:
«Por el capitán del vapor francés «Britania» ha llegado ayer mañana á Gibraltar, donde ha estado retenido por el mal tiempo, se sabe el temporal que allí ha reinado en los días de ayer y antes de ayer, ocasionando seis ó siete naufragios y algunas vic-